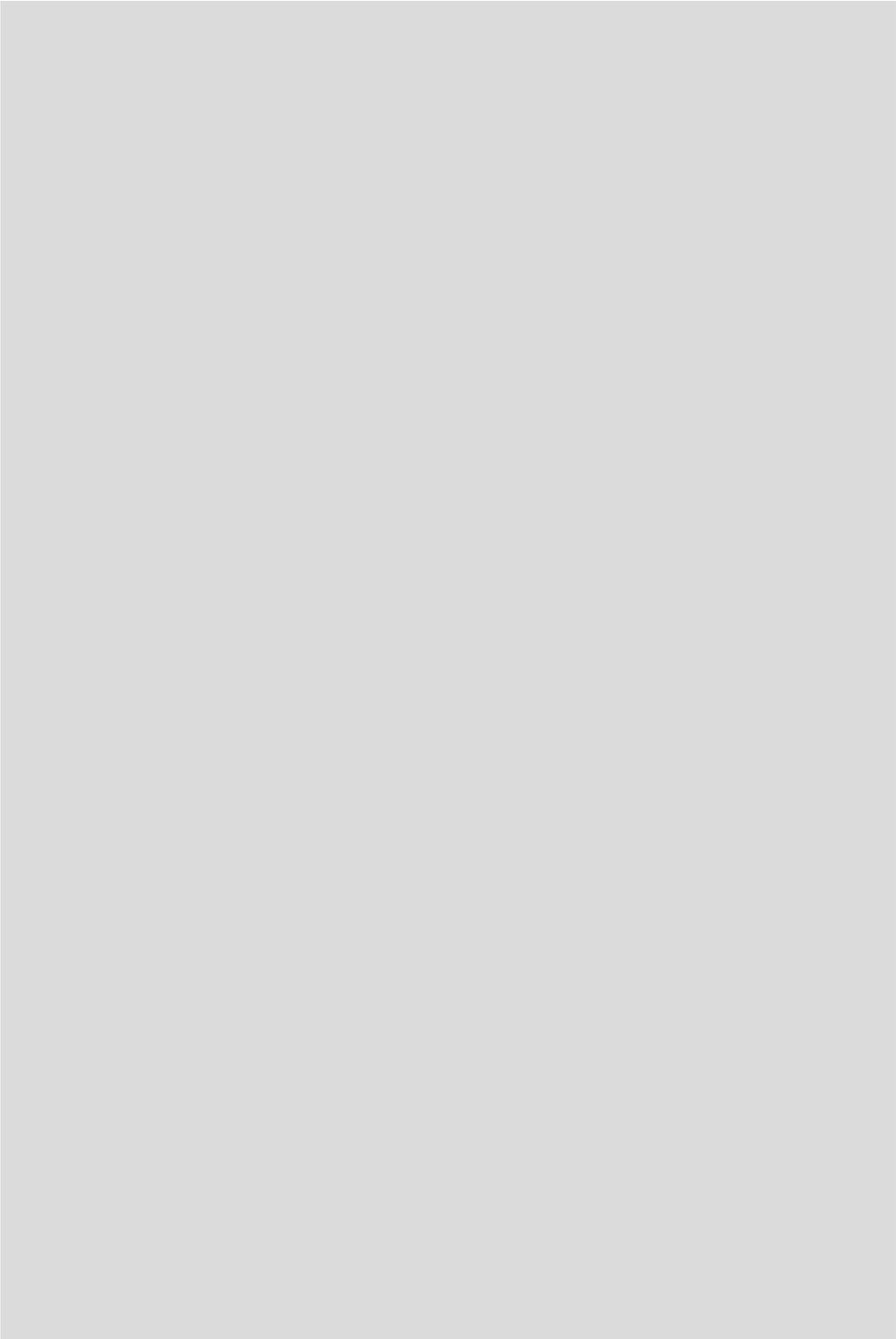


Bahía Lagarto

Adamas Parvata



Capítulo 1

Sucede que cuando uno ha muerto, se da cuenta de que solo ha podido llevarse consigo lo que vivió. Tenía veintisiete años, y como por una costumbre, me había inclinado al ostracismo y lanzado en esa ocasión, hacia una aventura en los atrayentes rincones del istmo centroamericano. Siempre he creído que la corta vida que llevamos los hombres no se hizo para aniquilarla completamente en el sombrío cuadrilátero blanco de una costumbre, se hizo para vivirla, por lo que aquella vez, yo estaba dispuesto a hacerlo. Sin embargo, las anécdotas completas de mi viaje corresponden a otra historia. Ahora sólo he de enfocarme en los sucesos acontecidos la noche y madrugada del décimo día, del mismo año, del mismo mes, del fabuloso rescate de treinta y tres mineros, atrapados por setenta y dos días a setecientos metros de profundidad, que debido a lo mediático de su historia, les llenaría de fama, fortuna, y hasta episodios frenéticos de estrés. Un rescate que uniría los corazones del mundo a los de cada minero dentro de la cápsula de aspecto espacial, que diseñada por las mentes más prominentes del globo, completaría exitosa su misión desde el interior de la tierra, hasta la cegadora luz de un nuevo día en el desierto.

Aquel día diez de noviembre, los últimos rayos del sol de octubre iluminaban el horizonte de una manera radiante, la fusión de tonalidades desde los verdes arbóreos a los rojos del cielo, atravesando el azul oceánico, impregnaba el ambiente de un toque único, mágico. Era como si cada color, cada elemento presente en ese espacio, quisiera imponer su nombre en mi mirada, hacerse conocer, presentarse espléndido ante el visitante, una especie de espectáculo sublime, alterado solamente por los colores de la noche que nunca tardan y que me encontrarían solitario en el pueblo anterior a la playa, un pueblo polvoriento y nostálgico, de aquellos olvidados por el mundo y sobrevivientes de lástima. En la última calle, en la única y pequeña casa blanca, la estación de policía albergaba a tres oficiales en disputa, ajenos completamente a las suplicas famélicas de un preso desconocido, pero impresionados y forzosamente vueltos a la calma ante mi intempestiva llegada; imagino que en aquel lugar de tristeza, la presencia de un joven solitario con aspecto de viajero perdido seguramente desconcertaba a cualquiera, incluso al hambriento hombre arrimado a su celda que de igual forma volteó hacia la puerta con una mirada inquietante. Pregunté la forma de llegar a la playa. Uno de ellos, el que a mi llegada se encontraba gesticulando, me respondió en son de pregunta.

¿Vas acompañado? Le dije que no. Me miró ceñudo y dándome la espalda acotó con su voz de comandante.

Es bueno que lo sepas, por ahí hay animales.

La verdad quiero encontrar tortugas.

Si claro, pero también otro tipo de animales.

No temo, pasaré ahí la noche.

Bien muchacho, me dijo volteando la mirada, camina 20 kilómetros hacia la costa por el camino lastrado. Llegarás a Bahía Lagarto.

Agradecí y salí dándoles la espalda, ellos volvieron a su discusión y el hombre famélico a rechinar sus querellas con una insistencia mayor.

Ten cuidado muchacho, dijo un cuarto que apareció de la nada y que parecía ostentar el rango mayor.

Lo tendré, dije, y finalmente desaparecí de su mirada.

De inmediato me dispuse a ponerme en marcha, en una rápida operación mental calculé el tiempo que me llevaría, tres horas. Me ajusté las amarras, una bolsa con lo mínimo necesario, una navaja, una linterna, algo de comida y un saco de dormir. Decidido, empecé a dar los primeros pasos, reproducidos éstos como en un eco por el andar de otras sombras zigzagueantes y el murmullo de voces apagadas que me anunciaban a los últimos habitantes, se retiran a casa.

Las luces de energía pública proyectaban las dilatadas sombras en la calle, figuras grandes y pequeñas, confusas realidades sin voz ni alma. Durante los cinco minutos en los que recorrí las últimas casas me desplazé con facilidad, al ritmo que llevaba y con la luz alumbrando, seguro alcanzaría la costa en menos tiempo del esperado. Sin embargo, a los pocos pasos, las últimas luminarias despiertas despedían mi sombra en el momento que ingresaba a la oscuridad de un bosque frondoso por ambos lados del camino, una especie de garganta que me devoraba entero, digiriéndome por completo directo a un mundo, según yo, inhóspito, desconocido.

Atemorizado por las palabras del oficial que aún resonaban en mi mente - había dicho ahí hay animales- ni siquiera me percaté de que a pesar de la nueva oscuridad no había disminuido la velocidad de mi andar, caminaba sin tropiezo, observando con claridad el camino delante. Solo un sonido cercano, algo de lo que desconocía forma y tamaño me alertó de inmediato, recordé entonces a los felinos hambrientos de las selvas ecuatorianas, historias de hombres atacados y devorados por fieras invisibles que no dejan rastro alguno de la víctima. Sabía que era posible, había vivido por dos años en los bosques tropicales del Ecuador. Un hombre Kichwa, Gregorio Sinchiguano, contaba a los visitantes de su comunidad las leyendas de los hombres devorados por "Amarun", boas

gigantes capaces de tragar a una persona mayor, completa. Era hijo de padre runa y madre blanca, y a pesar de haber tenido la posibilidad de salir a la gran ciudad y vivir en ella, había decidido radicarse en el pequeño poblado que lo vio nacer, dizque, por encontrarse en éste en mayor cercanía con la Pacha Mama. La verdad era que la ciudad le apestaba, y la consideraba aún más peligrosa que vivir en medio de las fieras. Se había enamorado de la vida en la selva desde pequeño y ya de viejo, dominaba las técnicas de curación naturales, conocía de memoria los nombres de animales y plantas y sabía, a través de sus sueños con plantas alucinógenas, los secretos de las voces que deambulan por las ramas. Gracias a sus historias yo sabía que el peligro acechante era latente, no obstante, trataba de apaciguar mi miedo pensando en que la cercanía del pueblo habría ahuyentado ya a todo animal salvaje. Repetí salvaje. Qué tipo de calificativo era ese, probablemente se asociaba mejor a nuestra voracidad, nuestra codicia por la conquista, nosotros sí los habíamos aniquilado, tigres de Siberia, el oso mexicano, lobos de Tasmania, focas, el sapo dorado de Monteverde, tiburones, cóndores andinos, aves, reptiles, anfibios, todos sucumbidos ante la vorágine humana. Animales salvajes, qué bien nos calzaban a los humanos esas dos palabras.

Con las luciérnagas recobré la calma, cientos, miles de ellas, diminutas lucecitas que producidas en la parte inferior de su abdomen iluminaron mi paso por algunos kilómetros en intervalos de seis a ocho segundos, una fiesta brillante que por el tiempo que duró, matizó la oscuridad de la noche como el acompañamiento cálido que ayudó a renovar mi espíritu solitario. Un espacio en el que me sentí completamente calmo, desaparecido el miedo por la fieras acechantes, y en el que incluso acompañé el intermitente espectáculo con el silbido alegre de una canción de infancia que no recordaba desde los tiempos en que Topollilo daba la buenas noches con su pijama blanco y su carita de ratón amigable -lara lara-. Pasado ese lapso, la claridad del camino fue quedando atrás a medida que me adentraba en un mundo prohibido para esos animalitos de luces itinerantes, poco a poco, la noche negra me devoraba nuevamente por completo entre sus entrañas, pero ya no temía, el contacto con aquel enjambre luminoso me había renovado la fuerza y llenado de esperanza, me sentía capaz de hermanarme con toda aquella naturaleza que me rodeaba, que me hablaba, que me permitía formar parte de sí misma, ser uno más en ese universo complejo y equilibrado que respondía ante mi presencia con un concierto ensamblado en diferentes voces e instrumentos, una sinfonía en la que ciertamente se prescindía del director para que diera el compás. A pesar de ello, nunca fui testigo de una anarquía. Trataba de reconocer al autor de ese sonido penetrante como el del oboe, o aquel del agudo distante como el del violín. En esas circunstancias, cualquier persona probablemente sólo atinaría a reconocer el croar de un sapo, me intrigaba en cambio la forma en que los nativos de las selvas amazónicas reconocen y reproducen los sonidos de monos, aves y demás animales de su zona, su forma de llamarlos imitando a sus

crías, cazarlos luego con un soplo certero de cerbatana y recorrer luego largas distancias a pie descalzos hasta sus casas sin emitir queja alguna sobre la distancia. Qué facilidad al contrario la nuestra, conducir dos cuadras en coche hasta el supermercado, encontrar la comida congelada y regresar a casa sin haber agotado un céntimo de energía. Ese pensamiento me heló la sangre, seguramente algún día nuestro comportamiento displicente hacia la vida y el aumento considerable de tecnologías que hacen la existencia más cómoda y sencilla será la razón de nuestro fatal destino, la imposibilidad del hombre de regresar a sus raíces y sobrevivir.

No pude decir más, el potente cacareo de un coche removi6 mis pensamientos, unos ojos felinos avanzaban a mis espaldas con direcci6n a la playa, si se detenían y me llevaban, acortarían el tiempo que me tomaría llegar. Sin pensarlo realicé un movimiento manual en seña de viaje, al rato, en medio de un concentrado olor a pescado me encontré metido en el balde de la camioneta que me transportaba, los ojos felinos alumbrando por completo el paisaje, al tiempo que yo, imaginando curiosamente la vida en las entrañas del bosque, miraba atento aquel mundo desconocido que nos rodeaba, un camino tortuoso, la camioneta desplazándose de un lado a otro, y toda la fuerza de mis manos, intentando sujetarme a cualquier parte con tal de no ser tirado fuera. Fue un viaje malo, peor de lo que había pensado, sentía un fuerte dolor en los dedos y en la espalda para cuando llegamos, sin embargo estaba feliz, aunque no lo veía, escuchaba el inconfundible bramido de las olas al penetrar la costa, era el mar. Rápida mente, con esa ansiedad de infante, con esa impaciencia de niño desesperado que se abre paso a empujones entre sus padres para recoger su obsequio, así mismo ante el llamado del agua, yo me adelanté al coche que por un momento permaneció inmóvil, inalterado, sólo un leve portazo lo liberó de su estado y lo hizo recobrar la marcha, esta vez, de regreso por el mismo lugar por el que llegó. Lo vi alejarse con sus ojos de gato en la oscuridad y permanecí en silencio, quieto esperando descubrir a la persona que había provocado aquella herida al bajar del auto. En las sombras, una figura menuda se acercaba, llevaba un objeto brillante en su mano derecha y en su otro costado, cayendo de su hombro como una presa recién cazada, un bolso como aquellos que se usan para cargar los quintales de papas, tenía unos ojos verdes profundos, y su tez oscura, arrugada, reflejaba la de un anciano que seguramente ha encarado toda su vida en el mar. Caminaba despacio, al encontrarse conmigo, como por un reflejo alzó la mirada del suelo y se dispuso a saludar. Me le adelanté.

Buenas noches.

Susurró algo que no pude comprender. Le pregunté si iba a la playa.

Dos, evos, cenas.

Me percaté de que no poseía dentadura. Las palabras que salían de su boca se escuchaban inexactas, susurradas de forma tenue casi imperceptibles para mí. Hice un esfuerzo. En el monólogo que presentaba, siempre mirando al frente, prácticamente hablando sólo para sí mismo, pude descubrir ciertas palabras importantes que a menudo repetía, La Baula, los huevos, una, dos, hasta diez docenas. Tales palabras fueron un incentivo en mi corazón, comprendí que buscábamos lo mismo, tortugas. Quizá era el destino el que había llevado a ese viejo a mi encuentro y gracias al cual, ahora me aliviaba de dos temores, no pasaría la noche completamente solo en la costa y, seguramente, con su experiencia, no perdería el tiempo buscando tortugas en el lugar incorrecto. Pero, y ese objeto afilado, brillante, enorme que destellaba en su mano a cada movimiento, esa conversación personal que poco o nada me involucraba y que delataba en él un estado ausente. Los temores aliviados se transformaban ahora en consideraciones de riesgo, de sospecha, de análisis, estaré loco pensé, los años en el mar solo consigo mismo, las noches en vela, el poco contacto con la gente lo habrán privado de su cordura. Sería capaz de.....matarme. No, no lo creo. Y en caso de querer quedarse solo con los huevos. No, su mirada era inocente, sus ademanes y su estilo serenos, no sería capaz de lastimar a nadie.

Entre tales consideraciones volví a pensar en el destino, existía en verdad, o era simplemente la ilusión de una especie aterrada por la certidumbre de saberse por sí misma la gestora de su porvenir, brillante o atroz.

Llegamos a la orilla, a nuestras espaldas, la espesa floresta apenas se contenía en su deseo de ser una con el mar. Era como un amor imposible, un galanteo incesante de ondas, efluvios y aromas, mensajes de amantes prohibidos poblando el tiempo, el aire, todo con su ternura, impedidos de su deseo por un sabor amargo, por un exceso de sal. El viejo de mirada profunda y escasa dentadura no le prestó atención a la escena, sacó de su bolsa una camisa larga y un gorro viejo, se los ajustó de inmediato y tomó asiento, al rato llegaron los mosquitos, cientos, miles de ellos, diminutas agujas invisibles, fuertes, perseverantes y frenéticas, ávidas del néctar rojo de la piel. Me estaban matando, mi ropaje ligero creaba espacios suficientes para el embate, la comezón era insoportable, trataba desesperadamente de alejarlos de mí, de mis piernas, brazos, cuello, de todo mi cuerpo que resultaba atractivo para saciar su sed. Atendiendo a mi desesperación, el viejo se levantó de su sitio y empezó a recolectar ramas, trajo varias a mis pies e intentó encender fuego. No le fue posible, las ramas se encontraban húmedas y no reaccionaban a las chispas extraídas de la fricción de su cuchillo y su pedernal. Instintivamente seguí sus pasos, me puse de pie e ingresé al bosque en busca de ramas, todas las que pudiera recolectar. Realicé repetidos recorridos, quizás seis no lo recuerdo, simplemente quería que fueran suficientes. De entre el montón agrupamos los más secos, el resto servirían para avivar la llama una vez

que tras algunos intentos fallidos encendiera. Al final el fuego, los primeros destellos de la hoguera empezaron a asomar, mi piel se limpiaba de las picaduras invisibles al tiempo que en coloridos fulgores, la sangre de mi cuerpo se extinguía ardiente en consonancia con el aleteo chamuscado de cada mosquito atraído por la claridad. Ahora estaría protegido.

Sentados uno junto al otro, el viejo y yo empezamos a charlar. De alguna extraña manera pude comprender sus palabras sin equivocación, tenía setenta y nueve años de edad y desde el día en que por primera vez se irguió en un par, fue llevado por sus padres al encuentro con la gran tortuga Baula. Buscaban sus huevos, apreciables bocadillos blancos depositados por cientos a lo largo de la bahía próxima a su ciudad de origen. Era una tradición ancestral, una necesidad arraigada en su familia para mejorar sus ingresos durante la época de desove. Por más de setenta años, el viejo había participado de la recolección, conocía de memoria su oficio, la hora de arribo de las laúd, la forma de su caparazón, liso y oscuro, sus crestas longitudinales y su apariencia semicilíndrica de instrumento musical, su tamaño fenomenal, la excavación del nido, la deposición, también sabía por experiencia propia que cada año el número de ponedoras era menor, que era una consecuencia del oficio que lo ayudaba a sobrevivir, a saciar el apetito de una raza humana cada vez mayor, cada vez más temible, una raza que había hecho de los mares su basurero personal, del mundo entero, su laboratorio de prueba.

Soy consciente de mi error, me dijo sin voltear.

A lo largo de mi vida y en pleno conocimiento de mis acciones he colaborado a la reducción. Cuando esto termine y no quede un solo huevo que recolectar, entonces querré cambiar las cosas y será ya demasiado tarde.

Yo lo contemplaba, se miraba abstraído, la mirada fija en los horizontes de su actividad de siempre.

Impresiona la inteligencia del hombre. En principio es testigo de un paraíso terrenal, bosques, páramos, sabanas; entonces se enamora, lo quiere poseer, luego lo transforma y lo hace suyo, lo posee, lo dota de artilugios suntuosos, lo llena de concreto, le quita su esencia, su naturalidad. Es feliz, pero enseguida entristece, le falta la vida, adolece enfermedad; entonces crea, utiliza la razón tan propia de él, un árbol por aquí, una laguna por allá, crea su paraíso artificial, copia patética de lo que un día fue y él destruyó; entonces, irónicamente, es nuevamente feliz.

Tenía razón, no podía ser más cierta la realidad. Éramos los hombres, el género humano los depredadores más temibles sobre la faz de la tierra. Quise seguir reflexionando al respecto cuando lo sentí ponerse de pie, su

mirada sobre la mía y la sonrisa amable previa a la orden paterna que prosiguió.

Es hora de trabajar. Tú caminarás al sur, yo verificaré el lado norte.

No le pregunté qué hacer, simplemente me levanté, agarré mis provisiones y caminé según la orden. A los pocos pasos giré en mi eje, la hoguera destilaba chispas ardientes, y él, su silueta, avanzaban ligeros hacia la estrella polar.

Era una noche serena, la luna vestida de novia avanzaba sonriente hacia su naufragio en el mar, cambiaba de traje como escogiendo el color perfecto, del blanco al amarillo y de éste al naranja con el que se perdió hasta la oscuridad siguiente, en medio del horizonte que divide al mismo tiempo el inicio y el fin. Seguí caminando en dirección al sur, recordé en ese momento el nombre del lugar donde me encontraba, Bahía Lagarto, sabía que no era zona para la presencia de tales animales, por lo tanto no temía, pero el nombre me inquietaba, quería descubrir por qué se llamaba de esa forma, nunca lo descubriría. Habían pasado alrededor de dos horas; desde el lugar donde me encontraba ya no podía ver al anciano, ignoraba su posición y su estado, pensaba en las tortugas y en que quizás las había encontrado ya, ahora estaría recogiendo los huevos, colocándolos en su costal blanco, sonriendo con apenas los dos dientes que quedaban en su boca, la tortuga madre de regreso al agua, confiada de haber depositado su progenie en la seguridad del nido. Yo en cambio aun no tenía suerte, a pesar de que no me interesaban los huevos palpitaba en mi corazón el deseo de encontrarme con la laúd, su tamaño, su forma alargada, la persistencia suya de volver a la misma tierra donde dio sus primeros pasos. Es algo que se lleva en la sangre pensé, viajar por miles de kilómetros solo por hacer que sus hijos nazcan en el mismo lugar, en el mismo terreno solitario, alejado y perdido donde ella misma nació. Existiendo tantas playas, tantos otros lugares donde desovar y hacer vivir y con los cuales sentirse identificado. Definitivamente era un sentimiento arraigado en ellas, amar la tierra que las vio nacer y les dio el estímulo de seguir adelante, los primeros pasos.

Yo llevaba mi linterna en la una mano, y la navaja, lista y presta en la contraria. Iluminaba únicamente cuando me parecía observar algo extraño y me quedaba a oscuras nuevamente con la tristeza de no haber encontrado nada. Llegué finalmente al extremo donde terminaba la bahía, un acantilado rocoso golpeado por la fuerza de las olas y provisto en su base, de un centenar de rocas embadurnadas por el olor de viejos corales y la presencia activa de pequeños moluscos aprovechando el festín dejado por la bajamar. En una de las rocas, quizás la menos poblada de animales decidí descansar, tomé asiento por un momento y me dediqué a contemplar el mundo distinto que me rodeaba, los colores negro-blancos, los sonidos universales, los olores penetrantes. Me di cuenta de que jamás antes había estado así de solo, sin gente, el viejo probablemente ya se

había marchado así que seguramente me encontraba en completa soledad en ese lugar remoto, a tres horas del contacto con cualquier otro ser humano. No me alarmé, más bien me percibí aliviado, contento. Fue precisamente en ese momento que sentí una leve punzada en el pulgar izquierdo y regresé a ver, encendí la linterna y ahí estaba, un diminuto crustáceo luchando con mi dedo por abrirse paso, se lo di, desplacé luego el haz de luz a otro sector de la roca y casi caigo de espaldas, no me había percatado al momento de sentarme de que eran miles, cada uno con sus mini tenazas y sus pequeños ojos alargados observando ese gigantesco sol que los alumbraba como bichos raros. Apagué la linterna imaginando que los disturbaba, bajé de la roca y ahora solo los observaba, su vida en ese limitado universo que significaba esa pequeña porción de materia dura, esa playa distante, acariciada por las olas pleamares, abrigada por el fresco soplo del viento de ocaso.

Qué error el mío haber pensado que estaba solo, existía una vida alucinante a mi alrededor, cada ser, cada partícula, cada átomo tenía su espacio, probablemente eran en muchos casos desconocidos, seguramente hasta ignorados, pero estaban ahí, en la parte del mundo que les pertenecía y de la cual eran dueños, seguros de su importancia, unidos en el compromiso con su misma especie. Ahora debía estar más atento, quería descubrir todo aquello que me hiciera recordar que uno jamás está solo, ni cuando nace ni cuando muere, siempre hay algo que nos acompaña -aunque sea solo físicamente, pues en los confines de la existencia, en el punto exacto donde se unen únicamente la razón y la conciencia, es ahí donde solamente la soledad ampara y no se permite acompañante alguno-. Lo primero que percibí fue el titilar de las estrellas, iluminaban el firmamento con una fuerza que no había sentido en las ciudades, era como si voluntariamente ellas se desplazaran por el universo buscando los rincones propicios para brillar completas, era una sensación sorprendente, caí de espaldas al suelo y no pude desprender mi mirada del zenit por largo rato. Creo que fueron diez las estrellas fugaces que atravesaron, no pueden estarse quietas pensé, les gusta moverse, son inquietas, saben que el cielo y la tierra son los mismos si se los ve siempre desde el mismo lugar, ellas quieren aprender, quieren vivir, saben que son estrellas de paso, por eso no se estacionan, quieren dejar huella.

En pocos minutos había sido testigo ya de dos momentos que negaban la soledad, ahora me disponía a cerrar los ojos y escuchar lo que el mundo tuviera que decir. En un principio no escuche nada, estaba tenso, la mente se ofusca cuando uno no ve lo que le rodea, por eso se precipita el miedo y la tensión, yo estaba empezando a sentirlos. Quise abrir los ojos por un momento pero desistí, respiré y me fui calmando, afiné mi sentido auditivo y simplemente me dejé llevar, primero fue el silbido del viento, áspero, luego la calma, y enseguida, la composición completa, el ensamble orquestado de todo aquello que ni la mente más creativa podría imaginar. Ciertamente nunca antes había sido testigo presencial de tal

cantidad de acordes, era un espectáculo propio de ser presentado en los mejores teatros, en el conservatorio, en las plazas, parques y avenidas de las grandes urbes, no existía persona alguna que debiera ser excluida de esta posibilidad. Pero claro, cómo lograrlo, era imposible, para eso la mente humana debía abstraerse del mundo, relajarse, prestar atención a lo superficial, a lo insignificante, a eso en lo que no podía perderse el tiempo.

Una vez terminada la quinta pieza de la noche abrí los ojos, me despolvé el rostro y tomé nuevamente el camino hacia la fogata donde ya sin esperanza, esperaba encontrar a nadie. Serían quizás las tres de la mañana, la oscuridad de la noche se encontraba en su punto álgido, el planeta había continuado su marcha y las estrellas que me acompañaron antes se encontraban ahora más distantes, la floresta se mantenía firme en su intento de ser uno con el mar, y éste, completamente calmo en la bahía, semejava el plano liso de un espejo de diamantes, fulminado únicamente, por el estruendo brillante y espumoso de las olas. De no haber sido por la calma que reinaba, hubiera pensado que me encontraba en medio de una guerra, el choque continuo y ordenado de las olas contra la tierra era como el de las balas pusilánimes de un pelotón de fusilamiento hiriendo el cuerpo atónito de quien fue. Para mi suerte no había guerra, solo paz y otra señal de que jamás estaría solo, fuera cual fuese la circunstancia.

Llegué a la fogata prácticamente sofocada y no vi rastros del viejo, pensé que en verdad se había marchado. Me dispuse a revivir la hoguera con más ramas, cuando de pronto sentí una mano gruesa en mi espalda, era él, se había internado en el bosque y traía consigo una maraña de palos y una iguana, la cena. Era pequeña pero sirvió para preparar un caldo y comer gran parte de su carne, lo que nos dio fuerza y reavivó el ánimo. El viejo tampoco se había encontrado con la gran Baula, sin embargo no desistiríamos, quedaban aún dos horas hasta que amaneciera y era probable que se hubieran retrasado. Esta vez decidimos no separarnos, tomaríamos hacia el norte pues era la zona que presentaba mejores condiciones para encontrarlas, él en busca de los huevos, yo, interesado por lo que representaban.

Nuevamente fuimos dejando atrás la incandescencia de nuestro lugar seguro, la noche nos cobijaba con su manto y nos sentíamos felices, no hablábamos, caminábamos despacio sintiendo la compañía el uno del otro, de los dos, de los tres, no era un sueño, estaba ahí, asomaba su cabeza desde el agua, luego su largo cuello, sus aletas pectorales, su caparazón en forma de instrumento musical, finalmente su cola. La espera no había sido en vano, era una tortuga gigante, la más grande que jamás habíamos visto, medía tres metros de largo, se desplazaba con esfuerzo, nos observaba, seguía siempre adelante, había recorrido tres mil kilómetros de distancia y aún tenía fuerza para sus últimos pasos, estaba en su tierra, en el mismo lugar que la vio nacer y le dio la posibilidad de ser

parte del mundo, era el pago que le hacía por tal regalo, entregar a esa propia tierra lo que consideraba su tesoro máspreciado, sus hijos.

Nos parecería una eternidad el tiempo que llevó a la tortuga alcanzar el lugar de deposición de los huevos, sin embargo había llegado y el viejo llevaba una mirada ambiciosa bajo sus cejas; se estaría imaginando la abundante riqueza que llevaría al rato dentro de su saco de costal de papas. Fue igualmente una eternidad el tiempo que duró el desove, yo solo logré contar cien, según el viejo eran el doble, la verdad es que solo la madre lo sabía, dicen que los hijos son solo de madre porque del padre no se está seguro. No lo sé, seguramente los hijos son hijos de quien los cría aunque finalmente terminen siendo hijos de nadie, padres, hijos y hermanos de sí mismos.

Echó el último recubrimiento de tierra al nido y sin dejar de observarnos emprendió su regreso al mar. Imagino que se sentía segura, la habíamos acompañado en su momento sublime, fuimos testigos del milagro de la vida. En ese momento todo se volvió nada, cuál era el sentido de estar ahí, es decir, de estar aquí, en este mundo, en este tiempo. Regresé la vista hacia la gran Baula que se acercaba cada vez más a las crispadas olas dejando a cada paso su pesado rastro sobre la arena, marcando con esfuerzo la línea básica que su progenie recorrería meses después. Una vez estuvo completamente dentro del agua ladeo su cuerpo, fue en ese instante que pude observar en su mirada el mensaje que había escrito, deja huella, entonces ágilmente se zambulló y se perdió para siempre en las apacibles aguas de ese espejo de mar. Claro, todo se trataba de eso, marcar el camino que alguien habrá de seguir después, un camino imperecedero que sea huella fehaciente de que se ha logrado vivir, de que se ha retribuido al mundo lo que se nos dio. Esa era el mensaje, esa la razón de estar aquí.

Muchacho, me llamó el anciano despertándome del ensimismamiento. ¿Te has dado cuenta?

Observé que no se había abalanzado al nido, seguía de pie con su mellada sonrisa a flor de piel.

¿De que no ha tomado los huevos?

No muchacho, del regalo que la vida nos dio.

¿Ver una tortuga gigante?

Se golpeó la frente. El regalo de existir muchacho, no te hace eso esbozar una sonrisa, para mí eso es todo.

¿Y los huevos?

Déjalos ahí, hay algo más valioso que esos huevos en lo que esa tortuga me regaló.

Estábamos entrando en los albores de un nuevo día, yo debía caminar veinte kilómetros y alcanzar el transporte que me llevaría de regreso a la sociedad. Él quizás se quedaría ahí, probablemente por unos días, seguramente para siempre. Tanto él como yo habíamos aprendido algo especial, nuestra propia lección.

Desde la parte alta del camino, a pocos pasos de los primeros signos de humanidad, pude divisar por última vez la costa de Bahía Lagarto. Nunca supe el por qué del nombre; ahora que lo recuerdo, tampoco averigüé el nombre del anciano. Fue la última vez que lo vi, saltaba, corría por la arena, se abalanzaba al cielo, y en definitiva, era feliz. Le había tomado más de setenta años y una sola noche de luna averiguar su razón de ser en el mundo y ahora parecía haberse llenado de dicha al descubrirlo. Yo no sabía en ese momento cuánto tiempo me tomaría a mí. Probablemente lo había descubierto esa misma noche al igual que él.